



**Samuel R.
Delany**

En Çiron vuelan

Prólogo de
Joe Haldeman

Esta novela relata la terrible invasión que sufre un pueblo pacífico, pretecnológico, que desconoce muchas cosas, entre ellas las armas, el homicidio, la rendición, el dinero y el monoteísmo. En su ayuda acude una tercera cultura, representada por una sociedad de seres alados que tiene una visión del mundo intermedia entre agresor y agredido.

«Una historia violenta que es a la vez una meditación madura y tierna sobre la violencia». Ursula K. Le Guin

«Considero a Delany no solo uno de los escritores de ciencia ficción más importantes de la presente generación, sino un escritor fascinante en general que ha inventado un nuevo estilo». Umberto Eco

Chicago, julio de 1999

*Para
Dennis Rickett
y con agradecimiento a
Sam DeBenedetto,
Leonard Gibb
Don Eric Levine*

Prólogo

Samuel R. Delany es uno de los escritores norteamericanos de ciencia ficción y fantasía más respetados y galardonados. Vendió su primera novela a los diecinueve años y emprendió entonces una notable carrera de escritor, tanto por la calidad como por la cantidad. Como joven líder de la revolucionaria «nueva ola» de las décadas de los sesenta y los setenta, ayudó a llevar nuevo entusiasmo y nueva madurez a la ciencia ficción y a la literatura fantástica.

Pero su relación con esos géneros no lo ha limitado. Ha escrito abstrusos y concienzudos ensayos críticos como *The Jewel-Hinged Jaw* y *The American Shore*. Sus libros autobiográficos *Heavenly Breakfast* y *The Motion of Light in Water* son exploraciones sinceras de la sexualidad y el amor. Sus cuentos, reunidos en *Driftglass* y *Distant Stars*, son joyas de la comprensión.

En Çiron vuelan es una novela interesante, inusual por su escurridiza negativa a dejarse clasificar en un género. Al principio parece una novela fantástica de naturaleza bucólica, pero después adopta la apariencia de ese híbrido que yo llamo «fantasía racionalizada»: relatos que producen una sensación de fantasía pero donde el mundo fantástico tiene una justificación similar a la que produce la ciencia ficción. Pero al final la novela parece ser un tercer tipo de relato: una fábula.

Samuel R. Delany es un escritor sutil y complejo, de manera que cuando presenta a los çironianos que llevan una

imposible vida paradisíaca en su valle protegido uno empieza inmediatamente a sospechar que se está preparando algo extraño. Los çironianos no saben qué es el crimen ni qué es el dinero; son felices y carecen de necesidades. Sólo se visten cuando es necesario. Su historia se remonta nada más que a «las cuatro o cinco generaciones que tarda un rollo funerario en pudrirse». La canción de juglar que abre el libro dice que algunos de esos pueblos inocentes han persistido, pero que la mayoría perduran menos de una vida.

De manera que los çironianos están condenados, y enseguida se nos presenta a sus inminentes justicieros, los sanguinarios myetranos. Esos atractivos sujetos tienen la disciplina instintiva de los nazis alemanes y, aparentemente, el sanguinario sadismo de Vlad el Empalador, junto con un mandato para expandirse que satisfaría al más ambicioso de los emperadores romanos.

Y tienen pistolas de rayos futuristas, al menos para los oficiales: cuando se nos muestra esas armas uno de los oficiales se está divirtiendo con una jaula llena de prisioneros, a los que vuela la cabeza uno por uno. Los oficiales montan anticuados caballos, pero tienen capas de alta tecnología (¿o magia?), que el viento no hincha cuando cabalgan, y aparentemente los protegen de todo daño.

En el primer capítulo se nos ofrece otro elemento típico de la ciencia ficción, una raza de extraños seres conocidos como los Alados, que coexisten con los humanos de ese mundo. Desde el punto de vista técnico pertenecen a la «fantasía científica», puesto que esas criaturas no podrían existir a menos que se suspendieran las leyes de la aerodinámica.

Pero los Alados son de vital importancia para la historia, pues ofrecen una especie de puente entre los dos pueblos que van a chocar en una desigual masacre. Los Alados tienen un oído prodigiosamente desarrollado, y desde el aire pueden escuchar las conversaciones humanas.

Descubren que después de vencer a los çironianos la horda myetrana empezará a perseguirlos a ellos. Por lo tanto tienen que hacer causa común con esos irreflexivos inocentes antes de que sea tarde.

Lo que se prepara es algo más que una batalla fantástica. Al descubierto está la inocencia pura, con el mal puro en la puerta, y lo que se interpone entre ellos no es en realidad una manada de monstruos con aspecto de murciélagos: es la Razón disfrazada de locura; es la Civilización traída por criaturas hasta entonces consideradas bestias.

Delany hace cosas interesantes con nuestras expectativas de lectores. El lenguaje del relato es el de los cuentos de hadas, pero en esas cadencias describe cosas que están fuera del ámbito habitual de la literatura infantil: la descripción realista de las funciones corporales, una maliciosa burla de la inocencia y escenas de masacre, furia loca, violación y tortura. La historia es para adultos, pero el lenguaje nos invita a entrar en ella como si fuéramos niños, lo que la hace más espeluznante.

Aquí hay escenas de apasionante intensidad, más admirables aún a causa de las restricciones de lenguaje y carácter que Delany se ha impuesto. Un emocionante encuentro con un monstruo, la pérdida de la inocencia en una implosión de ira, un perverso monólogo sobre la necesidad de una conducta brutal.

Este libro es una buena introducción a la obra de Delany. Espero que los lectores se interesen en ella y busquen después las fabulosas novelas de ciencia ficción *Babel-17* y *La intersección de Einstein*, los clásicos de la literatura fantástica *La caída de las torres* y *Return to Nevèrjyon* y la inclasificable y fascinante novela *Dhalgren*.

Joe Haldeman

Nota

La primera versión de *En Çiron vuelan* fue un cuento de cuarenta y cinco páginas que escribí en mi apartamento del segundo piso del lado sin salida de la calle 5 Este. Lo copié a máquina de mis cuadernos de espiral a fines de la primavera de 1962. Pero mi editor no lo aceptó; yo tampoco estaba satisfecho con el resultado. Allá por 1969 di el manuscrito a mi amigo James Sallis. Jim reescribió el comienzo. Esa versión apareció como colaboración, firmada por los dos, en el número de junio del 71 de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Pero veinte años más tarde se me ocurrió que valía la pena pasar el relato por el procesador de textos. Cuando terminé, tenía un manuscrito de ciento cincuenta páginas. Agregué mucho, pero no dejé ninguna de las inventivas enmiendas de Jim. No obstante, esas enmiendas sirvieron de inestimable crítica, pues definieron carencias que ahora traté de otro modo. Como no queda nada del lenguaje de Jim, no puedo reeditar *En Çiron vuelan* como una verdadera colaboración. Pero tampoco la puedo publicar —con más razón esta versión que la del 71—, sin reconocer esa crítica, responsable de todo el valor de lectura que pueda contener. En 1992 Randy Byers y Ron Drummond hicieron críticas igualmente detalladas de la nueva versión. Y desde mi soleado estudio de Amherst les fui respondiendo lo mejor que pude, y el manuscrito creció otras cincuenta páginas. En un sentido ésta es mi segunda novela, sólo que me llevó treinta años escribirla.

S. R. D.

EN ÇIRON VUELAN

Proemio

*Entre las tribus y los pueblos y las aldeas y los ayuntamientos
que adornan el mundo con su variedad, muchos han existido
consagrados al apoyo mutuo, al intercambio y a la amistad.*

Muchos otros se han cerrado, mirando a los vecinos con inquietud, hostilidad y recelo. Algunos han pasado de un estado al otro. Algunos incluso han vuelto a su primitiva actitud.

*Pero cuando la memoria de una aldea no tiene más de las cuatro
o cinco generaciones que tarda un rollo funerario en pudrirse,
no hay historia, sino mito y canción. Y la verdad es que, aunque unos pocos resuenen a lo largo de los siglos, sólo un puñado perdura más de una temporada; y la inmensa mayoría
de esos puñados persiste (escucha las canciones y los mitos
que te rodean) menos de una vida.*

1

—Son perros.

—Mi príncipe...

—Son menos que perros. Míralos, se arrastran sobre el vientre como gusanos.

—Príncipe Nactor, son hombres, hombres que lucharon con valentía contra nosotros.

—... y a quienes vencimos, teniente Kire. —El príncipe deslizó los largos dedos por los rombos de los alambres cruzados de la valla y cerró la mano—. Eso me da derecho a hacer lo que quiera con ellos. —Con la mano libre, sin quitarse el guante de cuero, sacó el fusil de energía—. Lo que quiera.

—Mi príncipe, ¡vuestro es también el derecho a ser clemente...!

—Incluso esto, Kire. —Nactor metió la punta del cañón entre los alambres—. Ahora observa. —Ante el primer disparo, los dos hombres que todavía podían gritar empezaron a chillar de nuevo. Otro, que aún podía moverse, se arrastró sobre la tierra, se aferró a la alambrada e intentó ponerse de pie. Apretó el alambre con los dedos. En silencio abrió y cerró la boca y volvió a abrirla. Nactor lo miró y sonrió detrás de la barba—. ¿Verdad que huele a carne asada? —Dio media vuelta y metió el cañón entre los alambres, apuntando al ojo del prisionero.

La detonación hizo saltar la pistola y la alambrada.

Un cuello carbonizado y unas manos ensangrentadas resbalaron hasta el suelo.

Dejó a los dos más ruidosos para el final, con un intervalo de cuarenta segundos. Durante esos segundos, mientras el humo sobre la alambrada volvía a asentarse, Nactor empezó a sonreír. El que estaba acurrucado abrió los ojos y volvió a cerrarlos con fuerza; hacía un ruido que, más que un grito, era una mezcla de aullido y gemido. La barba de Nactor cambió un poco de forma cuando, detrás de ella, la cara pareció mostrar señales de compasión. Se inclinó hacia la alambrada como si al fin viera algo humano, algo vivo, algo que reconocía.

Sin dejar de hacer aquel ruido, el prisionero empezó a parpadear.

Nactor bajó la pistola.

Entre las costras y el barro, el hombre dejó traslucir otra expresión además del terror; aspiró...

Nactor metió el fusil entre los alambres y disparó.

La valla se sacudió.

Una mano ahora carbonizada resbaló por el fango. Algo que ya no era una cara cayó salpicando el suelo.

Nactor volvió a guardar el arma, soltó la alambrada y se apartó del corral.

—Me resulta más fácil matar a éstos —la valla tembló— que a aquellas criaturas de las cavernas que exterminamos hace tres ataques. Éstos al menos eran humanos. Pero aquéllos, con el cuero peludo y las uñas gruesas, como garras de bestias... supongo que me recordaban a los perros que tengo en casa. Allí tus peticiones de clemencia, tus miradas de reproche y tus enfados realmente me sacaron del quicio, Kire. Valió la pena hacerlo, aunque sólo fuera para tenerte callado... —Miró hacia donde la mano de Kire iba y venía acercándose y alejándose del arma que llevaba en la cadera—. Pero dejaremos aquí las cosas si esto no te levanta el ánimo. ¿Teniente? —Tres tirones más y el brazo de Kire, enfundado en negro, se alargó—. ¿Necesito recordarte

que el propósito de esta expedición es la conquista, que Myetra debe expandir sus horizontes para no morir? Cuando llegue el momento de nuestro encuentro final con Calvicon, confío en que te destacarás en la batalla, al servicio de Myetra, honrando a tus superiores, que te observan, y a tus hombres, que confían en ti.

El príncipe palmeó la culata del fusil de energía y pasó los dedos enguantados por el repujado de plata que representaba a Kirke, el cuervo totémico de Myetra. (La plata provenía de las minas de Lehryard; los fusiles se fabricaban en las Montañas de Tradk. Myetra canjeaba las pistolas y la plata por el trigo que expoliaba a las aldeas de las áridas mesetas de Zeneya. Hasta Kirke, reflexionó Kire, procedía de una tierra lejana cuyo nombre ya no recordaba y que Myetra había arrasado hacía mucho tiempo.)

—¿Cuál es nuestra misión ahora, Kire? Para saber que no te has olvidado: marchar con nuestras tropas por esta tierra en una línea tan recta como... ¿Cómo qué?

—Tan recta como una gota de sangre que baja por un muro recién pintado. —La voz del teniente era suave, medida, pero había en ella cierta brusquedad proveniente quizá de un acento de clase, un timbre emocional o un simple defecto en el mecanismo de la lengua, la garganta y la laringe—. A nuestras espaldas quedan devastadas Shoen, Horvarth, Nutting y otras catorce aldeas. Por delante, antes de llegar a Calvicon para nuestro encuentro final, nos queda por aplastar Çiron, Hi-Vator, Requior y siete poblados más.

El príncipe levantó la mano enguantada, y con el índice desnudo empezó a contar uno, dos, tres...

—Si, son siete. Por un momento creí que eran ocho. Quizá pienses que yo quería prolongar los placeres de este agradable viaje que empezamos hace un año y medio. Pero tienes razón. Sólo son siete. En la guerra, Kire, la mejor manera de derramar sangre es derramarla donde todos la puedan ver. La derramas despacio, muy despacio, para que

el enemigo tenga tiempo de comprender todo nuestro poder y nuestra grandeza, la grandeza de Myetra. Algunos nativos están dotados para el trabajo, para el esfuerzo y para el sufrimiento. Y otros tienen talento para gobernar. ¡Myetra...! —El príncipe saludó levantando el puño enguantado. Pero al bajarlo la sonrisa que se le formó detrás de la espesa barba quitó toda seriedad al asunto—. La verdad es que no hay otro camino. —Con los nudillos descubiertos, el príncipe se atusó la áspera barba de las patillas y después la perilla—. Los que no están de acuerdo, los que crean que existe otro camino, son enemigos de Myetra. Ya has visto cuán compasiva es Myetra con sus enemigos ¿verdad, Kire?

De repente, el príncipe Nactor dio media vuelta y echó a andar hacia su tienda.

Con la ropa interior negra, cubierta por un jubón negro con calzas negras, las caderas y el pecho cruzados por un arnés negro, la cara ceñida por una capucha negra (una cimitarra de pelo castaño se le había escapado por un lado) y con una capa color noche que la constante brisa del este no lograba levantar hasta donde uno esperaba, el alto teniente también dio media vuelta —después de soltar un suspiro— y salió del corral.

Los soldados estaban sentados alrededor de fogatas que el sol plateado hacía palidecer hasta volverlas casi invisibles. Algunos hombres limpiaban las armas. Otros hablaban de la próxima marcha. Uno o dos estaban todavía comiendo. El montículo de una armadura lanzó por un instante un resplandor a los ojos de Kire, más brillante que las llamas.

Vestido sólo con los calzoncillos marrones, con las piernas cruzadas, encorvado sobre una pata de conejo asado, el diminuto soldado Mrowky, levantó la mirada y dijo:

—Teniente Kire, venga a comer...

El corpulento Uk, de pie junto al fuego, con la barriga al aire entre la cintura de los calzoncillos y el dobladillo de la

camiseta, dijo:

—Eh, teniente...

En el suelo, Mrowky alzó unos hombros pecosos.

—Señor, guardamos algo de liebre...

Pero Kire siguió hacia el recinto de los caballos donde dos guardias descruzaron rápidamente las lanzas y levantaron los puños. (Kire pensó: Qué poco saben estos hombres de lo que pasa en su propio campamento.) Pasó entre ellos y dentro extendió la mano y bajó una brida, y luego se inclinó para levantar una silla de montar. Desató a su yegua, le pasó la correa por la cabeza, le colocó la silla en el lomo y se agachó debajo del vientre del animal para ceñir la cincha. Una bota negra en el estribo de hierro negro y un instante después salió al galope, anunciando:

—Regresaré antes de que levantemos el campamento para ir a Çiron.

El viento rugía golpeándole la cara, pero sin llegar siquiera a llenarle la capa. Los cascos levantaban polvo y guijarros pequeños y crujían en los tojos. El follaje lo rozaba. Debajo iba pasando la tierra.

Borrosas y distantes, las montañas de Çiron lamían el horizonte. Kire condujo el caballo por un bosque pequeño y frondoso. Una rama lo raspó por la derecha. Una ramita con hojas pequeñas le rozó la mejilla izquierda. La yegua avanzaba; detrás de ellos los arbustos y las ramas volvían rápidamente a cerrarse. Al llegar a un arroyo, Kire clavó los talones en las ijadas del animal y agitó las riendas...

... un instante más tarde, con cuatro golpes sonoros y casi simultáneos, los cascos pisaron la orilla más pedregosa. Los guijarros salpicaron otra vez el agua. Kire avanzó, subió una cuesta y se detuvo, inclinándose para pasar un guante negro por el pescuezo chato. Iba a empezar a galopar bajando entre los árboles cuando un aullido largo e inhumano hizo que el animal se encabritara; Kire tiró con fuerza de la rienda y apretó las calzas negras contra las ijadas.